



PLATICA XVII.
DE LA SEGUNDA VIRTUD
Theologal, que es la Esperanza,
y de los bienes que debemos
esperar.

A 10. de Agosto de 1690.

SI à mí me preguntáran, ¿quál es aquello de que está el mundo lleno? Respondería yo, que de esperanza. Y si vuelven à preguntarme, ¿de qué está el mundo mas vacío? Volviera à responder, que de esperanzas. De modo, que siendo las esperanzas las que tienen todo el mundo lleno, esas mismas son las que tienen vacío todo el mundo. ¿Cómo será esto? Ea, que si lo están viendo, ¿para qué me lo preguntan? Nadie vive sin esperanzas, y nadie hay que de sus esperanzas no se quexe. Empiezan las esperanzas en el mas niño, y en el mas viejo aún no se acaban las esperanzas: el niño todo, todo lo espera con la vida; y el viejo, quando no le queda ya mas que esperar, aún espera vivir: el pobre espera que se mejore su fortuna, y el rico que se aumente su hacienda. Espera el estudioso la honra; el Soldado el premio; el Mercader la ganancia; el Labrador la cosecha; el Oficial la Obra; el Pretendiente el puesto: Todos, en fin, todos esperan: el que goza, espera los aumentos de su dicha; y el que padece espera que se mejore su desgracia. El que nada tiene, empieza sus diligencias, y sus obras todas, fundado solo en una desnuda esperanza: y el que todo lo ha perdido, quando ya nada le queda, por ultimo le queda la esperanza. ¡Valgate Dios, y quelleno de esperanzas está el mundo, que lo mismo parece respirar con la vida, que aspirar con la esperanza! Pero à ese mismo paso ¿qué vacío lo tienen esas mismas esperanzas! Diganlo vuestros defengaños, vuestros lamentos, vuestras quejas, y vuestras lágrimas: vuestras mismas esperanzas lo digan, tantas veces antes de conseguirlas, desvanecidas; y tantas veces despues de conseguirlas, vanas. Ellas en fin, si bien lo piensan, son la universal causa de nuestras inquietudes, de nuestras congojas, de nuestras pesadumbres, y de todas nuestras desdichas; ò ya quando con falsa apariencia nos engañan, ¿qué ceguedades! qué deslumbres! qué nublado de la razon! y qué tinieblas del entendimiento! O ya quando con su dilacion nos afligen, qué desafogigos, qué ansias, qué sobresaltos, y qué buelcos! O ya quando entre las manos se nos desvanecen, qué sentimiento, qué pesar, qué furor, y qué rabia! O ya quando, aun conseguidas nos atormentan, qué defengaños, qué cargas, qué fatigas, y qué desprecios! Ah mundo! Quizá no fueran tantos los afligidos por hallarse burlados, y vacíos, si no huvieran estado tan llenos de sus esperanzas. ¿Pues qué diremos de esto? Qué hemos de decir?

Que malogrando la esperanza en que está todo nuestro gozo, nosotros mismos la convertimos en nuestro mas prolijo tormento. No está el daño en esperar, sino en que no sabemos esperar.

Pues eso nos enseña yá el Catecismo, que mudando en infinitamente mayor bien nuestra esperanza, allí ésta nos sirva del mas cumplido gozo, *spe gaudentes*. Si acá las esperanzas del mundo nos sirven de tanto tormento: *Expectatio iustorum latitia, Spes autem impiorum peribit.* (Prov. 10. v. 28.) dice el Espíritu Santo. Definen, pues, con Santo Thomás (1.2. q. 40. art. 1.) los Theólogos à la Esperanza en comun, diciendo, es esperar algun bien futuro, arduo, posible de conseguir. En esperar el bien, se distingue la Esperanza del temor, porque éste espera el mal. En que ese bien sea futuro, venidero, se distingue la Esperanza del gozo, porque éste mira al bien ya presente. En que sea ese bien arduo, se distingue la Esperanza del deseo, que no mira si es facil, ò dificil lo que apetece. Mas la Esperanza mira aquel bien, que no está en su mano conseguir, sino que lo ha de alcanzar por mano, ò voluntad aiena, y por eso se llama ese bien arduo. Y en fin, ha de ser bien posible, porque si lo mirara como imposible, no fuera yá Esperanza, sino su contrario, que es desesperacion.

Hay, pues, en la Esperanza tres cosas que mirar. La primera, el bien que se espera. La segunda, de quien, y por cuya mano se espera. La tercera, cómo, y con qué medios se espera. He aqui, pues, las tres Doctrinas que se nos figuen. Vimos yá la primer Virtud Theologal, que es la Fé. A ésta se sigue la Esperanza, porque si la Esperanza ha de mirar el bien que espera como posible, eso le muestra primero la Fé, dice Santo Thomás. (2.2. q. 17. art. 17.) Vemos por la Fé, cuáles son los bienes eternos, quán seguras las promesas Divinas, quán apercebidos están à nuestro favor sus auxilios, y quán pronta à nuestro socorro toda su infinita misericordia: pues creyendo yá todo esto, ¿qué se sigue? Esperarlo, dice S. Pablo: (Ad Heb. 11.) *Accedentem ad Deum oportet credere, quia est, & inquirentibus se remunerator sit.* Por eso, pues, despues de la Fé, nos infunde Dios esta virtud sobrenatural, este habito infuso, este dón inestimable, que recibiendo en nuestra voluntad, la eleva, y la sublima, para que despreciando lo caduco, y vil de la tierra, espere. ¿Qué es lo que ha de esperar? Yá nos lo dice el Catecismo: *¿Qué cosa es Esperanza? R. Esperar la Bienaventuranza, y los medios de ella.* Pero quede advertido aqui, que esa ha sido errata de los Impresores, porque la Bienaventuranza no ha menester remedios, nosotros somos los que hemos menester remedios, nosotros somos los que hemos menester medios para conseguirla. Y así ha de decir la respuesta: *Esperanza es esperar la Bienaventuranza, y los medios para ella.* Los medios, no los remedios.

De modo, que lo que esperamos por esta virtud Divina, por esta Esperanza sobrenatural,

es vér à Dios para siempre. Es amar, y gozar de Dios eternamente: es llegar à poseer una gloria inmensa: es alcanzar todo un abismo de gozos, de placéres, y de delicias: es venir à gozar en uno todos, todos los bienes. Y esto sin fusto de perderlos. Sin temor yá de que se acaben. Sin miedo de que nos los quiten. Sí, que esa es la Bienaventuranza. ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Pues dónde malogramos nuestras esperanzas? Catholicos: *Convertimini ad munitionem vineti Spei*, os grita el Profeta Zacharías. (6.9. v. 12.) Los que andais arrastrando cadenas tan pesadas de esperanzas del mundo, los que tan aprisionados gemís entre viles esperanzas de la tierra, acogeos al séguro de la verdadera esperanza, y vivireis tan gustosos, como libres: *Convertimini ad munitionem vineti Spei*. Es el bien que esperamos en el Cielo infinitamente seguro. ¿Pues cómo ocupamos nuestras esperanzas en unos bienes tan vanos, que entre las manos se nos desaparecen? (Apud Cor. in Ep. Jac. c. 4. v. 13.) Llevaba un rustico à vender à la Ciudad un jarro de leche, y cargandolo en la cabeza, iba cargando mas la cabeza con estas esperanzas: Venderé esta leche (decía) por tantos reales, con eso compraré una gallina: ésta ha de poner tantos huevos, que con ellos vendidos, he de comprar un lechon: éste lo cebaré; y vendido, con ese dinero le he de comprar à mi hijo un caballito; ¿y qué bizarro andará él! yá me parece que lo veo: ¡cómo se paseará cuando! Y pensando esto, fue tal su regocijo, que empezó él à saltar, como si anduviera à caballo: y à sus saltos, caesele el jarro, y derrámase toda la leche por el suelo, y con ella derramanse perdidas sus esperanzas. ¿Y ahora? Qué es de la gallina, los huevos, el lechon, y el caballito, que yá mirabas? ¡Ah, esperanzas burladas! Aplicad, aplicad, que á la letra cada dia nos está sucediendo lo mismo. Discursos, pensamientos, máquinas: por aqui subirá el caudal, por allí se aumentará la ganancia, por allá será mayor el logro: con aquel favor, con estas diligencias se alcanzará sin duda aquel puesto, ò aquel Oficio. ¡Ah, esperanzas fallidas, vanas, engañosas! ¿Y dónde está Dios? Y dónde está la gloria, quando en esos bienes engañosos teneis toda la mira? Y qué os sucede? Lo que allí al rustico, y lo que acá al perro: llega éste à la orilla del rio con un buen bocado entre los dientes, velo mayor en la sombra, que lo representaba dentro del agua: y como lo vé mayor, suelta el que tiene por el que mira, y pierde el que posee por el que espera: llevase la corriente el bocado, y desaparece su sombra, y él se queda sin lo que tiene, y sin lo que esperaba, burlado: *Apxexistis ad amplius, & factum est minus.* (Amós 2.) Esas son las esperanzas de la tierra. Pues quanto mejor, de aquel bien que es enteramente seguro, podeis decir con San Pablo: *Certus sum quia potens est depositum meum servare in illum diem iustus iudex.* En Dios tengo toda mi riqueza puesta en deposito, y estoy seguro, y estoy cierto, que la he de hallar guardada à su tiempo.

Es aquel bien que esperamos en el Cielo, inmenso: ¿pues cómo en unos bienes tan viles, tan despreciables, y tan caducos ponemos nuestras esperanzas? Qué es vér una araña sacar de sus mismas entrañas los hilos, con que tan afanosa, tan solícita, tan inquieta no cesa en fabricar su tela! ¿Animalejo inquieto, qué esperas con todo ese artificio? Qué esperas con tantas prevenciones? Saben lo que espera? Una mosca. ¿Y para una mosca tantas fatigas, tanto trabajar, tanto desentrañarse, y tanto esperar para una mosca? ¡Ah, Catholicos! que no son otras vuestras esperanzas! si las teneis puestas en la tierra, aunque esperéis montes de oro, tesoros de riqueza, Coronas, Cetros, Imperios, tan viles son como una mosca: *Et telas aranea texuerunt.* (Isai. c.) ¡Oh, quanto mejor, puestos los ojos en el Cielo, gritaba mi Padre San Ignacio: ¡Qué vil, qué despreciable me parece toda la tierra, quando miro al Cielo! (Apud Drexeli, t. 2. Kos. selecta p. 2. cap. 8. §. 2.)

Es aquel bien que allí esperamos, de un infinito gozo: ¿pues cómo tantas veces lo olvidamos, por esperar lo que despues nos sirve de infamia, de pena, y de tormento? Amilcar, General de los Cartaginés, teniendo cercada à Zaragoza de Sicilia, soñó una vez, que la siguiente noche havia de cenar dentro de la Ciudad. Alentado con este sueño su esperanza, previene el Exército para dár el asalto; pero saliendo briosos los de la Ciudad, embisten antes, haciendo tal destroz, que llegando à apresar al mismo Amilcar, lo llevaron preso à la Ciudad, y de este modo logró sus esperanzas, cenó en Zaragoza, pero cautivo, preso, y aherrrojado, el que en sus esperanzas se soñaba victorioso. ¿A cuántos en conseguir lo mismo que esperaban estuvo su tormento, su infamia, y su deshonra? Esos son los bienes del mundo: congoja al esperarlos, trabajo, y fatiga al buscarlos: y al poseerlos tormento. ¡Oh, quanto mejor decía con sus experiencias S. Francisco: *Es tanta la gloria que espero, que todas las penas de esta vida me sirven de delyte.* ¿Y à la verdad, oyentes míos, si las esperanzas, aun de estos bienes engañosos, que nos burlan, bastan para hacernos ligero el trabajo, bastan para hacernos sufrir tantas penalidades, desvelos, sustos, y fatigas; la esperanza de un bien inmenso, de un gozo infinito, y de una eterna gloria, cómo no bastará para hacernos suaves los trabajos, las penas, los dolores? Cómo no se nos hará facil de llevar la pobreza de pocos dias, por llegar à una riqueza infinita? El obrar bien de una tan corta vida, por el gozar de una vida eterna? El dár una limosna à un pobre, por la ganancia de un logro inmenso? Y el desprecio de todo lo temporal, por una posesion de bienes tan segura? Mas no solo esperamos la gloria: se estiende tambien nuestra esperanza à esperar los medios para conseguirla. ¿Y qué medios son estos? Son todos aquellos, que pueden conducirnos al Cielo, ahora sean sobrenaturales, ahora naturales, ahora del mundo, ahora del Cielo. Debemos, pues, esperar siempre de la liberalísima mano de Dios, que nos asistirá siem-

siempre con los auxilios de su gracia, sin los cuales jamás pudieramos hacer ni una sola obra buena, y meritoria de la vida eterna. Debemos esperar de su infinita misericordia, que nos ha de perdonar nuestras culpas. Y en fin debemos esperar, que todo, todo quanto es necesario de parte de Dios para salvarnos, todo lo tenemos pronto, apercebido, facil, y que si quedare perdida nuestra esperanza, por nosotros quedará, no por Dios: *Perditio tua ex te Israel, tantummodo in me auxilium tuum.* (Ossee)

Luego podemos esperar de Dios la salud, la vida, la hacienda, y los demás bienes temporales? (D. Thom. 2. 2. q. 17. art. 2. ad 3.) Respondo, que si los esperamos en orden à servir con ellos à Dios, en orden à evitar en todo sus ofensas, à aucaudar con ellos para el Cielo mas meritos, no solo podemos, sino que así debemos esperarlos, y ese será acto virtuoso de esperanza sobrenatural. Pues, Padre, si la Esperanza es Virtud Theologal, y se llama así, porque toda su mira es en Dios, porque solo Dios es su objeto: ¿cómo ya la Esperanza mira tambien por objeto las cosas criadas, y aun las temporales, y caducas? ¡Fuerte argumento! ¿No digo yo, que ya están Theólogos? Pero respondo, que todas las cosas que no son Dios, las espera nuestra Esperanza en orden à llegar à ver à Dios, que esta es su principal mira, este es su principal objeto. Espera todas esas cosas la Esperanza, mas no pára en ellas las mira solo como medios encaminados à conseguir su fin ultimo, que es Dios; y así solo Dios es su mira, porque todas las otras cosas no la divierten, antes la llevan à gozar su fin ultimo: *Ubi est unum propter aliud, ibi unum tantum*, dicen los Filósofos: quando una cosa se ordena à otra, aquella no se mira como distinta. ¡Oh, Dios! Quien así espera, siempre logra; no puede quedar burlado, quien así se asegura. Bien podrá algun tiempo afligir, ò la necesidad, ò el aprieto, mas no faltará al mejor tiempo el socorro.

Cuenta Francioto, de quien lo refiere Rómulo Marcheli, (Rómulo March. *Quaresm. de 4.*) que en la Ciudad de Nápoles, no muchos tiempos há, hubo un Caballero, que teniendo de su muger una sola hija, tuvo de la fortuna mucha hacienda; pero entregado al pernicioso vicio del juego, sucedióle lo que à todos estos desventurados, que arruinandole de un dia en otro, llegó à no tener ya nada que jugar, y à cargarse de mas deudas, quanto mas iba olvidando sus obligaciones. Llegó la de la muerte, que como tan executiva, no les valen para ella, ni plazos, ni trampas, à los que de trampas viven. Murió este sin testar, porque no havia de que, y porque sin formar testamento, le dexó à la triste muger, y à la desdichada hija una copiosa herencia de miserias, que aumentando cada dia, vino à dexarlas sin tener que comer en pocos meses. La hija, ya en edad de marido, si parecia Angel en lo cabal de su hermosura, Angel era en lo puro de su inocencia. Desamparó, y pobreza con mucha hermosura, que tengo ya que decir de los combates que le hacian las

ofertas por lo pobre, los atrevimientos por lo folo, y los galanteos por lo hermoso? Pero su honestidad, firme siempre à quantos la combatian, se determinó firme à dár primero à los filos del hierro la vida, que al precio del oro la pureza. Pero, ¡oh, Dios! que la que mas debiera zelarla, era ya la que mas torpe, quanto mas eficazmente la combatia. ¿Quién tal pensará? Su madre: Muchas no solo lo piensan, sino que lo hacen. Su madre era la que refinando en llamas del Infierno su lengua, con repetidas instancias la exortaba à que entregada à la culpa por un vil sustento, hiciese de su cuerpo la mas infame finca de su deshonra. Esperemos en Dios, le respondia la inocente doncella, que mas seguras son que los Cielos sus palabras: y si por nuestras culpas no quisiere su Magestad acudirnos, primero la muerte me librá de estas desdichas, que yo les busque el alivio por el medio de sus ofensas. Vendase lo que nos queda, con tal, que quede la honra por alhaja, y por caudal principal el alma. Acudió, pues, la madre à ir vendiendo quanto en casa quedaba: mas no cesando el gasto con los dias, llegó presto à consumirse de todas sus alhajas el precio. ¡Ah, padre vil! exclámo yo aquí: si quando brujuleabas el naype, brujuleáras esto! Renovaronse de la madre à la desdichada hija las lagrimas, los clamores, y los afaltos. ¿Que siendo tan facil (le decia) que vivamos con abundancia, quieras por tu capricho, que así nos consumamos entre miserias? Acaba ya: que tu remedio, y el mio está puesto en tu gusto. En mi tormento está puesto; (respondia ella) y pues ya no nos ha quedado sino la cama, vendase ésta, que en la dureza del desnudo suelo quiero mas aína, que me sirva de tormento el descanso, antes que á costa de la honestidad adormezcan la razon las delicias de Venus. Vendióse la cama, consumióse el precio, y volvió la necesidad, y la batalla; pero para vencerla, las mejores armas que aquella honesta doncella cogió, fue, quedarle del todo desnuda: entrególe à la madre sus vestidos todos à que los vendiera, sin quedarle mas que con una sola camisa. ¡Quántas están tan lexos de vender los vestidos, que por un solo vestido se venden à sí mismas! Pero bien presto, no cesando el gasto, se les acabó este socorro. Veamos ahora (le dice la madre) ¿qué te queda que vender, si no te vendes à tí misma? Ahora lo verás, le responde, y cogiendo unas tixeras, descoge la bellissima cabelleira, proporcionado adorno, que puso la naturaleza à su hermosura: vala cortando toda. ¡Ah, Abfalón! ¿Quándo llegaron à tener tanto precio tus cabellos? Entregóselos à la madre, toma, y vendelos, que con ellos primero entregaré la cabeza, que la honestidad. ¡Oh, doncella prodigiosa, ahora sin el adorno mas bella! sin el cabello quisiste parecer esclava, y te hiciste mejor de todas tus miserias Reyna; cortastes la melena al infausto cometa de tus desdichas, y con tus cabellos cortados, asistes la fortuna por la melena: y si un cabello solo de los justos no quiere Christo que perezca, ¿quán-

¿quántos serán los meritos, que se han de contar por tus cabellos? Sale la madre à vender su cabelleira, y à no muchos pasos que dió, encuéntrase con el Príncipe, y la Princesa de Concha, arrebatados los ojos, y aun quizá el corazon aquel cabello. ¡Qué hermoso pelo! Qué hermoso! Trae, muger, trae, y queriendo al punto comprarlo, solo le preguntan, si es acaso de algun difunto? La madre entonces, soltando la respuesta à sus lagrimas: Pluguiera à Dios, Señor, (le responde) y fuera ya difunta su dueño, para no ver tantas desdichas. Viva está la que es dueño de ese cabello, y la que ya no le quedan para vivir mas esperanzas, que lo que me podeis dár por esta cabelleira. Refirióles entonces toda la série de sus desdichas, y concluyó diciendo: Venid conmigo, Señores, y veis el dueño hermoso, que por no desnudarse de su honestidad, ha de ese adorno que le dió la naturaleza, está desnuda. Movidos aquellos Príncipes à piedad, vienen con ella, llegan à su casilla, y hallan aquella dichosa doncella, que afida à los pies de un Crucifixo, con su total desnudez, le representaba sus miserias, mas que con sus lagrimas. Moviolas en aquellos Señores al verla, y al punto, al punto adornandola con decencia, la entraron en su coche, llevaronla à su Palacio, y haviendola tenido algun tiempo cuidada, y servida, dandole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal Caballero. ¡Oh, Dios infinitamente misericordioso! ¿Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? ¿Quién esperó en tí, que quedase engañado? Y si aun en este valle de miserias, así las sabes todas convertir en dichas; ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII. DE LA SEGURIDAD, Y FIRMEZA de la Esperanza en Dios.

A 17. de Agosto de 1690.

UNA cosa singular, grande, prodigiosa te quiero enseñar, mi Lucilo, (le decia à aquel su Discipulo, Seneca) y es, que juntas con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable, y fragil con lo mas seguro, y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fueras Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. *Epist.* 53.) Cosa grande, no hay duda, que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo fragil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo à decir, y que con razon le merece toda su admiracion à Seneca: *Ecce res magna.* ¿Pero esa junta prodigiosa, cómo se puede conseguir? Cómo puede ser, que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco,

por sus fuerzas débil, y por todo su sér deleznable, à todo esto junte luego la fortaleza, la constancia, y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* Seneca se queda solo en palabras; pero Isaías nos la enseña clara, y patente à la luz de eternas verdades. ¿Saben cómo puede ser esta junta? dice el Profeta: solo cómo que ponga en Dios fixa, y estable su esperanza: (*Isai. cap. 40. v. 31.*) *Qui esperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Los que esperan en Dios, mudarán su fortaleza. ¿La mudarán? Sí, porque entregando ellos en manos de Dios toda su debilidad humana, el mismo Dios les paga con darles toda su fortaleza Divina. Y he aquí un hombre, que por sí deleznable, y sin fuerzas, puesto todo en las manos de Dios con la esperanza, todo lo puede en Dios, todo lo alcanza con remedio de la Omnipotencia. ¡Ah, si supieras quantas son las fuerzas que tiene la esperanza en Dios, solía repetir mucho mi Padre San Ignacio! Esta es la que sin miedo reta à todo el Infierno: esta es la que con denuevo desprecia todo el mundo: esta la que poderosa escala los Cielos. Vengan enemigos à exercitos, decia David, que si tengo à Dios à mi lado; no conozco el miedo: (*Pf. 26.*) *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Levanten se montes de dificultades, y de peligros, decia San Pablo: (*Ad Phil. 4.*) que si tengo à Dios que me ayude todo, todo lo puedo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Luevan sobre mi trabajos, decia Job, vengan pérdidas, enfermedades; y si pueden multiplicarse, muertes, que si yo tengo à Dios fixo en mi esperanza, nada, nada siento: *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo.* Esta fue la fortaleza invencible de mas de once millones de Santos Martyres, la Esperanza. Esta fue la constancia de tantas tiernas, y delicadissimas Virgines, la Esperanza. Esta fue la firmeza de tantos Anacoretas encastados, solitarios, y penitentes, la Esperanza. Y esta en fin ha sido la inefable seguridad de todos los Santos, la Esperanza. He aquí, pues, aquella junta prodigiosa: con la debilidad de hombre la firmeza, y la seguridad de Dios: *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei;* que esa junta es la que sabe hacer la verdadera, y sobrenatural esperanza, dice Isaías: *Speret in nomine Domini, & inimitatur super Deum suum.* (*Isai. 40.*)

Pues à toda esta divina seguridad nos conviada el Catecismo con esta pregunta: *¿La esperanza qué enseña?* R. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* Vimos ya, Fieles, que el bien que esperamos, es un bien, en la posesion, del todo seguro; en la duracion, eterno; en su valor, y precio, infinito; en sus gozos, y deleytes, inmenso. ¿Pero qué hacemos (me podria decir alguno) con qué ese bien sea tanto, si quererlo alcanzar nosotros, es lo mismo que querer coger el Cielo con las manos? Si nuestras fuerzas son tan pocas, cómo lo alcanzaremos? Ya nos lo dice el Catecismo: lo hemos de alcanzar por mano de Dios; Dios es quien nos lo ha de dár, à cuya mano poderosa, ni hay